

DOS VIAJEROS MEXICANOS EN EUROPA A FINES DEL SIGLO XVII

Lino GÓMEZ CANEDO

Academy of American Franciscan History

ES PROBABLE que hayan sido muchos los mexicanos que visitaron Europa durante el siglo xvii, porque la movilidad de la gente era ya entonces bastante mayor de lo que solemos imaginarnos. Pero pocos de ellos —por lo que sabemos— dejaron constancia de sus impresiones por escrito, y menos aún las dieron a conocer por medio de la imprenta. Esta sola circunstancia justificaría que nos ocupásemos de las dos relaciones de viaje que constituyen el objeto del presente estudio. Una de ellas fue impresa varias veces y por añadidura está escrita en verso.

Los autores de estas relaciones fueron los franciscanos criollos fray José de Castro y fray José de Ledesma, quienes en 1688-1689 y 1697-1701, respectivamente, viajaron de México a Roma en el desempeño de comisiones de su orden. Ambos siguieron, en líneas generales, la misma ruta, desempeñaron actividades similares y tuvieron ocasión de observar casi los mismos escenarios. A pesar de las limitaciones que les imponía su carácter de religiosos, el campo de sus experiencias fue relativamente amplio, como veremos, y en algunos casos tuvieron oportunidades especiales. Si bien los juicios de estos viajeros no pueden calificarse de muy agudos, ni de alta calidad las estrofas en que uno de ellos los expresó, creo que se trata de dos testimonios apreciables. Representan probablemente opiniones muy generalizadas tanto entre las minorías educadas como entre las clases populares: los dos frailes eran individuos calificados, cultural y jerárquicamente, dentro de su orden, y dado el carácter popular de ésta tuvieron que haber estado en estrecho contacto con el pueblo.

Expondré, pues, cuanto he logrado saber sobre estos dos curiosos viajeros y analizaré brevemente el contenido de sus relatos.

I

FRAY JOSÉ DE CASTRO Y SU *Viaje de América a Roma*A. *Noticias biobibliográficas*

El padre Castro nació en la ciudad de Zacatecas el año de 1648. Tenía veintidós años cuando, en 1670, entró en la orden de San Francisco, en el convento de su ciudad natal.¹ Probablemente había cursado ya, para entonces, el ciclo de estudios humanísticos o de gramática, pues el cronista Arlegui nos dice que después de haber hecho la profesión —lo que debió ser en 1671, tras el obligado año de noviciado— lo destinaron sus superiores “a los estudios de la filosofía y sagrada teología, en que salió tan aventajado que, habiendo tenido esta provincia sujetos eminentes en todas facultades, si no excedió igualó a lo menos a los sujetos más doctos de la provincia”.² Conviene advertir que Arlegui escribía antes de 1737, unos veintiséis años después de la muerte de nuestro viajero, a quien pudo muy bien haber conocido; por otra parte, le dedica una biografía de tres páginas, una de las más extensas que contiene su crónica. Esto parece demostrar que el padre Castro gozó de verdadero prestigio entre sus correligionarios.

Añade Arlegui que el ingreso en la orden de San Francisco le había sido profetizado a Castro por fray Juan de Angulo, un ex minero, tío del célebre don Juan Ignacio de Castorena y Urzúa, pero se trata al parecer de una distracción del cronista, pues en otra parte de la misma obra atribuye tal profecía a otro franciscano llamado fray José de Mendoza.³ Castro escribió la vida del mencionado fray Juan de Angulo, como veremos.

Arlegui nos transmite también el dato de que Castro, a

¹ La fecha de nacimiento del joven Castro está calculada con base en la nota necrológica, donde se dice que falleció el 5 de marzo de 1711, a los 63 años de edad. A esta nota me referiré más adelante. Que tomó el hábito en 1670 lo dice Arlegui.

² ARLEGUI, 1851, parte quinta, cap. 20. En este lugar da Arlegui un resumen biográfico del padre Castro. Seguiré este resumen en las páginas siguientes, si no advierto otra cosa. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

³ Así lo hace en el cap. 13 de la parte quinta de su *Crónica* (ARLEGUI, 1851).

pesar de la brillantez con que había terminado sus estudios mayores, prefirió dedicarse al "ejercicio espiritual de la cura de almas" antes que a la enseñanza y actividades literarias. A este fin aprendió la lengua mexicana y obtuvo el puesto de ministro doctrinero en el real de Charcas. "En este santo empleo —escribe Arlegui— se ejercitó algunos años con edificación y consuelo de los feligreses, que le amaban tiernamente como a su pastor y padre verdadero, sin perdonar para el consuelo espiritual de sus ovejas el caminar continuamente las prolongadas distancias de aquella feligresía, que es de las más penosas de la provincia, pues se ofrecen cada día en ella confesiones que distan de la cabecera treinta y seis leguas."⁴ Al parecer, volvió a Charcas después de su viaje a Roma, no sé si de asiento o de visita: el 2 de enero de 1691 firmaba en el convento de Santa María de las Charcas un parecer aprobatorio de un sermón predicado por fray Juan de San Miguel.⁵

A fines de 1683 —sigue diciendo Arlegui en el mismo capítulo— fue llamado por sus superiores para que enseñase teología a los jóvenes religiosos de la provincia, "que la aumentó con muchos y doctísimos ministros". Alternó esta actitud con la predicación, en la que fue también eminente. En su lugar registraré algunos de sus sermones impresos. Debe haber permanecido en este puesto hasta 1687 en que fue designado como proministro para asistir al capítulo general de la orden que debería celebrarse al año siguiente en Roma. Los ministros provinciales de América estaban dispensados de asistir a estos capítulos generales, pues ello les obligaría a permanecer ausentes de sus puestos durante mucho tiempo; en su lugar, cada provincia nombraba a un religioso con el carácter de proministro. Como era natural, el nombramiento recaía siempre en un individuo de especial distinción. Los detalles de su viaje a Roma los veremos al examinar el relato en verso que hizo del mismo.

"Después de haber vuelto de Roma —prosigue Arlegui en el capítulo que vengo utilizando— quedó de comisario provincial de esta provincia [de Zacatecas] por ausencia que hizo de ella el provincial que la gobernaba; pero como el que aspira solamente a la rígida observancia de su instituto de todo se recela, precaviendo los peligros del gobierno y mando, temeroso o de que la provincia lo ocupara en su gobierno o de marearse con los aires de la vanidad del mundo, o lo que más cierto es,

⁴ ARLEGUI, 1851, parte quinta, cap. 20.

⁵ Describe esta edición MEDINA, 1907-1912, in, p. 82.

deseoso de la soledad y retiro, se pasó a vivir a la Santa Cruz de Querétaro por el año de 1700.”

Este párrafo pudiera hacer pensar que el padre Castro permaneció poco tiempo en Zacatecas al regreso de su viaje romano. La verdad es que siguió morando en su provincia madre durante diez años largos, pues su regreso debe haber tenido lugar en 1689: el 20 de junio de este año se le dio despacho de embarque por la Casa de Contratación, en Sevilla,⁶ así que pudo muy bien llegar a México antes de terminar el año. Entre esta fecha y su incorporación al colegio de misiones de la Santa Cruz de Querétaro desempeñó el padre Castro en su provincia de Zacatecas otras funciones, además de la de comisario provincial que refiere el cronista Arlegui. No indica Arlegui cuándo ocupó este cargo de “comisario provincial” ni quién fue el ministro provincial al que sustituyó en su ausencia. Es probable que haya sido fray Martín de Urizar, el cual, según el mismo Arlegui,⁷ había sido elevado segunda vez al provincialato el 14 de febrero de 1689. Su ausencia temporal de la provincia pudo deberse al desempeño de una comisión superior en otra parte de la Nueva España o fuera de ella: por ejemplo, la visita canónica de alguna de las provincias franciscanas. Urizar era persona de prestigio y sabemos que le fueron encargadas tales visitas en Michoacán y Guatemala. Por otra parte, las relaciones entre él y el padre Castro eran estrechas, como lo indica el hecho de que este último dedicase a Urizar la edición de su *Viaje*, según veremos.

Avarte de esta comisión, la provincia de Zacatecas nombró al padre Castro su cronista. Arlegui no menciona esto en el resumen biográfico que vengo siguiendo, pero alude a ello en otras partes de su crónica. En una ocasión, ponderando la erudición e ingenio de Castro, llega a confesar que “a no valerme de sus luces, andaría a oscuras en esta historia”.⁸ Encuentro que se le dio el título de cronista por vez primera en la *Vida del siervo de Dios fray Juan de Angulo y Miranda. español cristiano, religioso lego del Orden de Menores de la Regular Observancia de la Provincia de los Zacatecas* (México, por doña María de Benavides, viuda de Juan de Ribera, 1695), publicada a expensas de don Juan Ignacio de Castorena y

⁶ AGI, *Contratación*, leg. 5540A, lib. 3o. fol. 376. Un registro paralelo en leg. 5451.

⁷ ARLEGUI, 1851, parte quinta, cap. 22.

⁸ ARLEGUI, 1851, parte segunda, cap. 1.

Urzúa, sobrino del biografiado. Como adelanté ya, Angulo y Miranda había sido minero antes de hacerse franciscano; en la orden ejerció el oficio de limosnero y quizá empleó en favor de la misma parte de sus caudales, pues su biógrafo le atribuye la edificación de la iglesia del convento de Sombrerete y de la capilla de San Antonio en la iglesia de San Francisco de Zacatecas. En ésta fue sepultado al fallecer en el año de 1644. Su biografía por Castro lleva las acostumbradas censuras aprobatorias, entre las cuales figura la de fray Agustín de Vetancurt (México, 6 de junio de 1695).⁹

El mismo año de 1695 predicó el panegírico de santo Domingo de Guzmán en su iglesia de la ciudad de Zacatecas, en la fiesta del santo (4 de agosto): el sermón fue publicado al año siguiente en México.¹⁰

No he hallado huella alguna de sus actividades durante los años siguientes hasta su incorporación al colegio de misiones de Querétaro (1700-1701).¹¹ Este colegio había sido establecido en 1683 por un grupo de franciscanos venidos de España bajo la presidencia de fray Antonio Llinás, un mallorquín con previa y larga residencia en Michoacán. Fue el primero de esta institución que hubo en América y puede considerársele como el seminario del que salieron todos los que hubo posteriormente a lo largo del continente. Su finalidad era la renovación cristiana mediante la predicación de misiones populares y el incremento de las misiones entre infieles. Castro conocía seguramente desde sus orígenes a este original instituto. Las misiones predicadas por los primeros de estos misioneros habían tenido resonancia en todo el país. Una de las más famosas de estas misiones fue precisamente la de Zacatecas en 1687. Por otra parte, el padre Castro participó, como hemos visto en el capítulo general de Roma (1698) en el que fueron aceptados formalmente los estatutos que dos años antes había dado a los colegios el papa Inocencio XI. Estaba, pues, el padre Castro bien familiarizado con el nuevo instituto apostólico. No es

⁹ Descrita por MEDINA, 1907-1912, III, p. 129.

¹⁰ MEDINA, 1907-1912, III, p. 148.

¹¹ Arlegui (1851, parte quinta, cap. 20) dice que la incorporación tuvo lugar "por el año de 1700"; pero tuvo que ser en 1701 si es cierto que vivió "casi" diez años en dicho colegio, como se dice en la nota necrológica, según la cual murió el 5 de marzo de 1711. Por sus firmas en el libro de misas, sabemos que era miembro del colegio en agosto de 1702.

extraño que, al igual que otros religiosos celosos, se haya sentido atraído por sus propósitos y la vida austera de sus miembros.¹²

“Puesto en el retiro del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, se hizo cargo de las nuevas obligaciones de misionero apostólico, abstrayéndose ante todas las cosas de la comunidad de los del siglo, como que conocía, con su talento profundo y espíritu desengañado, que nunca hicieron buen maridaje los ejercicios y tareas de las misiones con visitas familiares y continuadas de seglares, punto que debían tener impreso en sus corazones los operarios de tan santo ministerio, pues muchas veces se malogran los sudores de las misiones por éstas tan dañosas familiaridades, pues como dijo un discreto de nuestro siglo, yo tendré por un san Pablo al predicador que solamente viere en el altar confesionario y púlpito”. Siguiendo en esta vena, añade que “de la oración salieron las saetas penetrantes de amor divino que colocó en su *Aljaba apostólica*, que anda impresa, de donde los misioneros de aquél y otros apostólicos colegios han disparado tantas contra los vicios, que solas ellas eran suficientes para convertir un mundo entero, a no estar por las culpas tan obstinado. Compuso también la vida del venerable padre Angulo”.¹³

Si Arlegui quiso decir que nuestro padre Castro compuso esta última obra mientras residía en el colegio de Querétaro ya vimos que no fue así, pues dicha obra había sido ya publicada en 1695. Respecto de la *Aljaba apostólica*, no parece que se le pueda atribuir como tal al padre Castro, sino que en ella fueron incluidas algunas “canciones a los asuntos que se predicán en las misiones *compuestas éstas* por el M. R. padre fray Joseph de Castro, ex-lector de teología, padre de la provincia de Zacatecas y predicador apostólico de dicho colegio [de Querétaro]”,

¹² Hablando de la misión de 1687 en Zacatecas, escribe Espinosa: “Calló el R. padre Escaray muchas cosas con su modestia; *éstas dejó escritas el M. R. padre fray José de Castro*”. ESPINOSA, 1964, lib. I, cap. 20. No es seguro si hace referencia a lo que Castro dejó escrito en la crónica del Colegio de Querétaro o a lo que escribió para la de su provincia de Zacatecas, pero en cualquier caso deja en claro que nuestro padre Castro conoció muy bien a los misioneros de Querétaro. Según veremos, fue cronista tanto de su provincia como del colegio.

¹³ ARLEGUI, 1851, parte quinta, cap. 20. A esta biografía de fray Juan Angulo ya dejo hecha referencia.

como se lee en la portada de la edición de la *Aljaba* de que dispuso el padre fray José Díez y fue impresa en México el año de 1708.¹⁴ El padre Díez había sido uno de los fundadores del mencionado colegio de Querétaro, en el que nuestro padre Castro se hallaba incorporado desde principios de siglo, según queda ya dicho. Aunque reciente, era ya un miembro respetado del mismo en 1702, como lo demuestra el hecho de habersele encargado el sermón inaugural de la ampliación del crucero y reedificación del templo de la Santa Cruz, obras sufragadas por el famoso mecenas don Juan Caballero y Ocio; el sermón fue impreso aquel mismo año en México, con una dedicatoria a Caballero y Ocio por el cronista fray Isidro F. de Espinosa.¹⁵

En enero de 1707 volvió el padre Castro a Zacatecas como uno de los fundadores del colegio de misiones erigido en la vecina villa de Guadalupe, pero no tardó en regresar al de Querétaro.¹⁶ La causa, según Arlegui, habría sido el concurso de seglares y huéspedes que concurrían al colegio de Guadalupe, lo que “no se hermanaba bien con el retiro que apetecía ni con la abstracción que prescriben las bulas apostólicas a los que moran en los colegios apostólicos”. Esta interpretación de Arlegui resulta un poco extraña y hasta inverosímil, teniendo en cuenta que el superior de Guadalupe era entonces nada menos que el venerable padre Margil; es más verosímil que el cronista zaca-

¹⁴ MEDINA, 1907-1912, III, p. 286-87. En esta edición se advierte que fueron añadidas “la Via Sacra y copiosas canciones a los asuntos que se pædican en las misiones, *compuestas éstas* —subrayo— por el M. R. padre fray Joseph de Castro, ex-lector de teología . . .”, etc. En la tercera edición de la *Aljaba* (México, 1731) y en la cuarta (México, 1785) figura un soneto-advertencia relativo a estas adiciones que dice así: “En la segunda impresión de aquesta Aljaba/ que se hizo el año de ocho se imprimieron/ treinta y cuatro canciones, y éstas fueron/ de un religioso que en Querétaro moraba./ Éste fray José Castro se nombraba./ En la impresión se pusieron otras canciones que añadieron/ de otro poeta también que a Dios alaba./ Muchas saetas también van añadidas/ y canciones antiguas avivadas/ porque a mejor metro van reducidas/ y por un misionero son sacadas,/ del colegio de Querétaro; aplaudidas,/ por ser a la Virgen Pura consagradas”.

¹⁵ Hay un ejemplo de este sermón en BNM/GL, vol. 1144. Lo describe MEDINA, 1907-1902, n1, pp. 333-34.

¹⁶ Arlegui (1851, parte quinta, cap. 20) dice que volvió a Zacatecas en 1703, como fundador —uno de ellos— del colegio de misiones

tecano perteneciera al sector de su provincia que no veía con simpatía el establecimiento de los misioneros en Guadalupe.

Debió ser durante esta segunda estancia queretana cuando el padre Castro fue nombrado cronista del colegio de la Santa Cruz. Su antecesor en el oficio, fray José Díez, se daba todavía en 1708 el título de "escritor" del Colegio, término que se aplicaba también al cronista. En cualquier caso, consta que el padre Castro no sólo tuvo el nombramiento de cronista sino que escribió un tomo de la "Crónica del colegio", aunque ésta haya quedado inédita. Arlegui dice que escribió "parte de la crónica de los venerables varones de aquel santo colegio". Dice también que estuvo ocupado "en el ejercicio de las misiones" —misiones populares entre fieles, supongo, no entre infieles— "enseñando al mismo tiempo en las consultas que se ofrecían. . . las materias más difíciles y arduas de la teología canónica, y con su ejemplar y religiosa vida los puntos más delicados de la teología mística".¹⁷

No puedo determinar cuándo y dónde escribió sus *Varias poesías a lo divino*, de las que existe una reimpresión (México, 1746). Ni Beristáin ni Medina vieron alguna edición anterior, y tampoco la ha visto quien esto escribe. Beristáin menciona sin indicar fecha, unas *Lamentaciones a la Virgen Dolorosa*, que Medina identifica con las citadas "poesías a lo divino", entre las cuales se encuentran cincuenta décimas a la Virgen de los Dolores. Castro se muestra en ellas el fácil versificador que veremos en el *Viaje*, pero con la mayor unción religiosa que pedía el tema. Véase la primera de estas décimas:

de Guadalupe; pero el cronista Espinosa, que conoció al padre Castro y convivió con él, afirma que el regreso de éste a su ciudad natal fue en 1707, escogido como uno de sus compañeros por el primer guardián del colegio de Guadalupe, fray Antonio Margil. Éste, que se hallaba en Costa Rica —en las misiones de la Talamanca— regresó rápidamente a su colegio de Querétaro. "Entró —escribe Espinosa— el año de 707, y por el mes de enero se puso el V. padre en camino para Zacatecas". Uno de sus compañeros fue el padre Castro, "que en esta ocasión, y no antes —puntualiza Espinosa— fue por morador de aquel nuevo colegio". ESPINOSA, 1964, lib. v, cap. 30).

¹⁷ ESPINOSA, 1964, lib. v, cap. 30. Espinosa utiliza en la misma crónica (lib. I, cap. 4) "lo que comenzó a trabajar como cronista de este colegio". En un inventario manuscrito del antiguo archivo de dicho colegio, letra H, No. 11, se lee: "Un tomo de crónica de este apostólico colegio, compuesto por el R. padre fray Joseph de Castro".

Hoy vuestras lágrimas canto,
 hermosísima María,
 pues del mundo fue alegría
 el que en vos fue tierno llanto.
 Dame para asunto tanto
 mucha luz, dulce Señora,
 para que con voz sonora
 pueda mi musa explicar,
 engolfada en tanto mar,
 las penas de tanta aurora.

Y la cuarta:

Náufraga ya y sin farol
 quedais en aquel diluvio,
 de ardiente dolor versubio,
 porque os faltó vuestro sol.
 No mirais ya su arrebol,
 toda os convertís en mar,
 y los ojos, sin mirar
 como llegan a perder
 todo el oficio de ver,
 sólo os sirven de llorar.

Incluye también esta obra cien redondillas a las llagas de san Francisco, de las cuales copio las dos siguientes (85 y 86):

Sois pelícano oriental,
 rasgado el pecho a mi ver,
 que águila no quereis ser
 sólo por no ser caudal.
 Si os digo Fénix, ignoro
 si mi alabanza os agravia,
 que no quereis ser de Arabia
 porque es la tierra del oro.

Termina con el siguiente acto de contrición:

Esos brazos abiertos, padre mío,
 y rotas esas manos liberales,
 señales ciertas son en que confío
 que vertireis piedades a raudales:
 ya se acabó, Señor, mi desvarío,
 convertireis en bienes tantos males,
 pues por salvarme me mostrais abiertas
 en pies, costado y manos cinco puertas.¹⁸

¹⁸ Medina dice que poseía un *Acto de contrición por nuestro padre Castro*, "reimpreso" en México por Jáuregui, sin año. En las *Poesías a lo divino* se incluye un "Acto de contrición", que ocupa las páginas 26 a 46: una composición muy aceptable. Quizá fue reimpresa aparte.

No supo Arlegui la fecha de la muerte del padre Castro, contentándose con decir que acaeció en Querétaro “después del año de 1708”, a la edad de “setenta años poco menos”. Por fortuna, se conserva su nota necrológica en el “Libro de los muertos” del colegio de Querétaro, según la cual falleció allí el 5 de marzo de 1711, a los 63 años de edad. “Vino por morador a este santo colegio —prosigue dicha nota— y lo fue por cuasi diez años con ejemplo grande, por su mucha humildad; fue varón muy literato, celoso de la más pura observancia, y de sólidas virtudes, y en su feliz muerte resplandecieron las de la fe y esperanza, con grande edificación v consuelo que experimentó la santa comunidad”.¹⁹ Esta nota ya la utilicé para aquilatar fechas biográficas del padre Castro a lo largo del presente estudio. Lo que añade Arlegui es que falleció de hidropesía, lo cual —escribe— “le previno anticipadamente la malicia del achaque, para que se dispusiese para la última jornada con todos los sacramentos, que habiéndolos recibido con muchas lágrimas y ternura exhortó a todos con su natural elocuencia al más fervoroso séquito de las virtudes, al celo más abrasado de la prosecución de las misiones y a la más rígida observancia de nuestro seráfico instituto; y como su eficacia era tanta, prorrumpieron todos en copiosas lágrimas, contemplando que les faltaba la luz que ilustraba sus entendimientos en la dirección de sus dudas y espíritus, y que carecían de un espejo en sus acciones, con que regalaban sus operaciones religiosas”. Descartada su frondosidad literaria, este párrafo coincide en sustancia con la nota necrológica transcrita más arriba, y ello indicaría que no se trata de fraseología rutinaria, antes revela probablemente la buena memoria que el cronista mantenía de quien fue acaso su maestro.

En Querétaro había sido discreto del colegio —o sea, consejero del guardián, cargos a los que se llegaba por voto secreto de toda la comunidad— en octubre de 1703 y de nuevo en 1709.²⁰

B. *El Viaje de América a Roma*

Visto quién fue su autor, pasemos al examen del libro que constituye el objeto principal de este estudio. Ya vimos también cuál fue la ocasión del viaje: representar a la provincia franciscana de Zacatecas —a que pertenecía el padre Castro— en el capítulo general de la orden que se celebró en Roma el año de

¹⁹ “Libro de los muertos”, fol. 5, en ACQ, letra I.

²⁰ Esto consta por el *Libro de decretos*, conservado en ACQ.

1688. Los antecedentes intelectuales y literarios del autor explican su interés en narrar tal peregrinación, y de hacerlo en verso.

La historia bibliográfica del libro no está del todo clara. Parece que tuvo tres ediciones: una en Europa y dos en México. La edición europea —hecha en España— pudo ser la siguiente, que describo según ejemplar que conserva la Biblioteca Nacional de México (*Fondo reservado*: R/861.3 GAS. v.):

“Viage de América a Roma/ que hizo y escribió el/ Muy Reverendo Padre Fray Joseph/ de Castro, Lector actual de Teología/ Proministro y Padre de la Santa Pro-/vincia de nuestro Padre San Francisco de Zaca-/tecas// Que dedica / al Muy Reverendo Padre/ Fray Martin de Urizar, Lector Jubila-/ do, Calificador del Santo Oficio, Ex-Visitador de las Provincias de Michoa-/cán y Guatemala, Ex-Vicario Pro-/vincial de la de Zatecas, etc.”. Sin lugar ni año. Signaturas A-Y de 8 páginas cada una. Portada vuelta en blanco. 3 fols. de dedicatoria.

Medina (*Biblioteca hispano-americana*, ni, p. 368, no. 1835), utilizando a Beristain y a Gallardo, supone que esta edición europea se hizo de 1689 a 1690, pero sin averiguar lugar alguno. Por mi parte, no he podido hallarla en ninguno de los repertorios españoles, aunque debe tenerse en cuenta que los publicados sobre la imprenta en Madrid —donde pudo haberse publicado— no alcanzan hasta las fechas mencionadas. Existen, en cambio, para Sevilla, pero no registran el *Viaje*. El autor, a su regreso de Roma, entró en España por la frontera de Irún, visitó el país vasco y bajó por Burgos a Madrid. Allí se detuvo por bastante tiempo, como veremos, y pudo haber hecho imprimir su libro, que termina con el relato de las visitas hechas a poblaciones cercanas a la capital; de la continuación del viaje hacia el sur, para embarcarse, nada dice. Por lo tanto, me parece Madrid el lugar más verosímil de la primera impresión del libro. Respecto de la fecha hay que corregir, en cualquier caso, a Medina: tuvo que ser en 1689, pues en junio de este año estaba ya el padre Castro a punto de salir de regreso para México. Claro que pudo haber dejado encargada la impresión y que le remitiesen después los ejemplares, pero no me parece verosímil. Él mismo dice que hizo imprimir su relato con el fin de no tener que referir a cada uno de sus amigos las peripecias del viaje; era natural, por lo tanto, que hubiese procurado traer el libro impreso consigo.

Beristain da noticia de otra edición hecha en México por Francisco Rodríguez Lupercio, sin fecha, pero Medina le da como probable la de 1690, describiendo así la edición:

“Viage de América a Roma, que hizo y escribió el M. R. P. Fr. Joseph de Castro, Lector de Teología, Pro-Ministro y Padre de la Santa Provincia de N.P.S. Francisco de Zacatecas. Impreso en la Europa y por su original reimpresso en México por Francisco Rodríguez Lupercio; México, 1690, 8º”.

Medina (*Biblioteca*, III, p. 409, no. 1921) cree que el *Viaje* del padre Castro puede ser la misma obra que la titulada *Viaje de D. Desiderio del Final, experto caballero* (Madrid, 1694), la cual registra Méndez en su *Noticia de la vida y escritos del P. Flores* (p. 128). Y se extraña de que ni San Antonio en su *Bibliotheca* ni Civezza en su *Saggio* la registren. ¿Pero hay en realidad alguna base para tal identificación? Palau, en su *Manual*, bajo “Castro”, recoge esta noticia de Medina, pero bajo “Final (Desiderio del)” anota: *Viaje de la famosa villa de Madrid . . . a la ciudad de Roma* (Madrid, Domingo García, 1664). Y ésta es una noticia de primera mano, pues Palau cita el ejemplar que vio. Parece, pues, que Méndez y Medina se equivocaron.

El *Viaje* conservaba su interés mucho después de muerto su autor pues en 1745 se hizo una tercera reimpresión del mismo. La describo según un ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de México (*Fondo reservado*) que procede del “Noviciado de San Fernando”, como se advierte en la hoja de guarda:

“Viaje/ de América/ a Roma,/ Que hizo y escribió/ El M. R. P./ Fr. Joseph de Castro,/ Lector de Theologia, Pro-/ Ministro y Padre de la Santa Provincia de N.P.S. Francisco/ de Zacatecas, // Impreso en la Europa, y por su original reimpresso en México por Francisco Rodríguez Lupercio; y/ ahora nuevamente reimpresso por la/ Viuda de D. Joseph Rodríguez de Hoyal. Año de 1745”.

Consta de 156 páginas, más dos hojas sin número con tres composiciones poéticas del autor en honor de la reina María Luisa de Orleans, esposa de Carlos II. La primera composición va precedida de la siguiente nota: “Habiéndose hallado en la corte el autor, en ocasión de la fatal pérdida de la reina, acompañado a los Cisnes de Europa con esta expresión de su justísimo sentimiento”. La reina murió efectivamente en 1689. Estas composiciones faltan en la edición dedicada al padre Urizar, que se supone la original; en cambio, en la de 1745 falta la dedicatoria al padre Urizar. La ausencia de las composiciones poéticas en honor de la reina pudiera ser otro indicio de que la primera edición se terminó en dicho año poco antes del regio deceso, por lo que ya no hubo tiempo de agregarle los homenajes poéticos de nuestro viajero.

Pero veamos ya el contenido del libro. En primer lugar conviene advertir que no se trata de una obra literaria de subido valor. Quizá no se pueda ir más lejos, a este respecto, de lo que fue Beristain en su tiempo al escribir que el *Viaje* "está en verso castellano curioso y festivo". Podría añadirse que se muestra erudito, conocedor de los clásicos y, entre los españoles, especialmente de Quevedo. Trata alguna vez de imitar a éste en el manejo de la sátira, aunque, por supuesto, se queda muy lejos. Algunas veces su desenfado cae en lo vulgar y carece de verdadera gracia. Pero esa clase de poesía abundaba mucho en su tiempo y en este sentido puede decirse que se halla a la altura de la época, con pocas excepciones en el medio donde él se movía. De vez en cuando nos ofrece incluso alguna modesta perla. Tampoco es tan rico en noticias como fuera de esperar: quizá el mismo género poético lo coartó algo en la transmisión de sus observaciones. Pienso que la prosa hubiera sido un instrumento más eficaz. Sin embargo, como testimonio encierra considerable valor: representa probablemente la reacción típica de un mexicano de su tiempo ante las experiencias que le deparaba una peregrinación sin duda extraordinaria. Vamos a seguirlo en algunas de sus etapas. He aquí cómo empieza:

Aquel filósofo andante,
 el gran Diógenes Laercio,
 se retrajo a una tinaja
 y se metió a recoleto,
 después de haber visto el mundo,
 con aquel *homines quaero*:
 y de todas las provincias
 dio razón en un volumen
 que por docto y por discreto
 en urna privilegiada
 los atenienses pusieron.

Ya pues que en lo andante sólo
 al gran filósofo excedo,
 ya que él me ha excedido tanto
 en sentencias y dialectos,
 para solos mis amigos
 hago este breve cuaderno
 con parte de lo que he visto
 y parte de mis progresos.

Añade que no hablará mucho de las maravillas de Europa, por temor de que parezcan ficciones, pues

...los indianos tenemos
 en la grande Europa fama
 de que de los países nuestros
 muy hiperbólicos somos,
 y lo afirma en un soneto,
 en que a una dueña describe,
 el erudito Quevedo.

Designado para representar a su provincia religiosa en el capítulo general de Roma, recorrió los reales de minas de Zacatecas, Sombrerete y otros, donde los mineros le proveyeron generosamente para su jornada. Con espíritu práctico —aunque aparentemente no tan franciscano— pondera la importancia de llevar dinero en los viajes. Al fin, se puso en camino hacia Veracruz.

El año de ochenta y siete
 con mis despachos completos,
 salí a primero de abril
 de San Luis Potosí, centro
 de cariños y de agrados,
 tierra que parece cielo.²¹

.....

Para México partí,
 muy cuidadoso entendiendo
 hallar alguna noticia
 de embarcación en el puerto.
 Allí me detuve mucho,
 siéndome preciso hacerlo,
 pues nos faltaron navios.

.....

Pasamos de allí y llegamos
 a la Vera-Cruz, y creo
 que al purgatorio, ya que
 no puede ser el infierno.
 Comencé luego a sudar,
 saliendo de cada pelo
 no un kilo sino un gran Nilo.

.....

²¹ Este elogio hace suponer que el padre Castro vivió por cierto tiempo en San Luis. Quizá fue allí donde ejerció la enseñanza, pues era un centro de estudios de la provincia de Zacatecas. Además, su estancia en Charcas tuvo que relacionarlo con San Luis.

Vi la playa y baluartes,
piezas, tiros y pedreros,
que toda esta ciudad es
Étna, flegra y mongibelo,
vesubios y todo cuanto
presume tocar a fuego.

Echéme al agua en un bote,
y introducido a botero,
fui al navio *San Antonio*,
sólo por reconocerlo.

.....
Para embarcarme traté
de disponer los conciertos,
a que más que a un matrimonio
salieron impedimentos.

Entre estas disposiciones
me dejó mi compañero
que, acosado de calor,
en un barquillo pequeño,
un brinco tiró a La Habana.

.....
A gozar de aquel rescoldo
me quedé en aquel convento
con otros muchos vocales,
de Michoacán y San Diego
Guadalajara y Manila,
y otros ciertos caraqueños.²²

.....
Después de tantos bochornos
las cosas se compusieron,
y el pasaje concertamos
por trescientos mosqueteros,
que es lo mismo en buen romance
que exhibir trescientos pesos.

En la nao *San Antonio*
una cámara nos dieron
donde vide muchos votos
sin escuchar un reniego.

²² Supongo que se refiere a los franciscanos de Venezuela que se dirigían al capítulo general. No era cosa rara que los venezolanos utilizaran la ruta de Veracruz para sus viajes a Europa, aprovechando el tráfico comercial entre dicho puerto y el de La Guaira.

Era el bajel genovés
de los que llaman de asiento,
ocupado en conducir
muchas partidas de negros,
y así en él fuimos tratados
como cautivos morenos.

Iba cargado de azúcar
y de tabaco habanero,
y grande carga de tinta,
y otros géneros diversos,

Iban cincuenta cañones
con que escribiese sus hechos,
pues tinta no le faltaba,
ni plana, que el golfo inmenso
es una plana de vidrio,
mientras se muestra sereno.

Estaba el señor bajel
coronado de pedreros,
con sus salivas de plomo,
que escupen bocas de fuego;
y doscientos vizcaínos
eran almas de aquel cuerpo

.....
A veinte y tres de septiembre
salimos del quemadero

O sea, de Veracruz. Los azotó el norte durante la noche y... "Los reverendos vocales²³/ probaron muy bien el serlo,/ pues echaron por la boca/ todos los mantenimientos".

Sigue narrando las incidencias de la navegación, las tormentas, su propio miedo y el de un valenciano que se había hecho el valiente. Refiere las incidencias de la pesca de un tiburón, que rompió varios anzuelos pero cayó al fin. También cayó al agua un marinero, pero fue rescatado. La noche del día de san Jerónimo —30 de septiembre— los azotó una terrible tormenta, pero después...

²³ Sus compañeros delegados al capítulo general, que, como tales, tenían voz en aquella asamblea.

Navegamos felizmente,
dando gracias a los cielos,
y después de veinte días
vimos el deseado puerto
de la ciudad de La Habana,
y de regocijo llenos
dio fendo nuestro navío
escandalizando el viento
con alegre artillería,
subiendo sus broncos ecos
a publicar nuestro gusto.
Veloces como unos truenos,
grímpolas y gallardetes
al aire se descogieron,
cuando a nuestras salvas iban
los castillos respondiendo.
Vimos las tres fortalezas,
admirables en extremo,
el Morro altivo, la Punta
y la Fuerza, que son frenos
para el orgullo enemigo.

En La Habana hallaron a otros compañeros de capítulo que esperaban el barco. Pasaron algún calor, pero no tanto como en Veracruz, y pudieron comer frutas frescas de la tierra.

Buena ciudad es La Habana,
pero tiene algunos peros,
que jamás se le maduran,
y así siempre son acedos.
Lo primero, nada limpio
se come, y esto lo pruebo
porque todo cuanto guisan
es, con perdón, puro puerco.
Las aves andan muy caras,
tienen altísimo vuelo,
y como andan por las nubes,
alcanzarlas no podemos.

Apenas había carne de carnero —sigue diciendo— aunque sí “sobra de cangrejos”. La gente era toda “peje de puerto”, ejercitada solamente en pelar al forastero. Todo era muy caro, pero abundaban mucho los dulces. Famosos los del convento de Santa Clara, donde les trataron muy bien: con tanto dulce salieron “con grado de colmeneros”. Estuvieron casi un mes en La Habana, mientras el navío reparaba sus desperfectos. No pudieron reanudar el viaje hasta el mes de noviembre.

A diez deste mes salimos
 por el canal habanero,
 y con la salida, al fin,
 quedamos en verdad frescos.
 Así que nos vio en el golfo
 el rey de los ventisqueros,
 el Eolo vagabundo,
 mil bravatas escupiando,
 desembainó sus nordestes,
 que en figura de jiferos
 tiraban terribles tajos
 a los italianos cedros.

La travesía atlántica fue lenta y fatigosa, los navegantes baidos por las tormentas e inmovilizados por las calmas. Después de sesenta días casi se les habían agotado los víveres. Pasaron la navidad en el mar, con sólo unas "habas duras" por alimento. Pero en esto apareció la isla de Fayal, en las Azores. Los portugueses les recibieron muy bien, "generosos y atentos", con muchas salvas de artillería. Castro y sus compañeros franciscanos se fueron al convento de su orden, donde hallaron asimismo excelente acogida. Mientras tanto, la nave se aprovisionaba de gallinas, aceitunas, pan fresco, higos, pasas y lechones. Los habitantes eran gente pobre; vivían en tugurios, incluso el "lusitano hinchado/ y gobernador isleño/ con sus magnates.../ cual otro rey Evandro". en un "estrecho agujero". Pero la tierra abundaba en trigo, gallinas, carneros y vino, aunque éste no del mejor.

Padecieron todavía otra tormenta antes de dar vista a tierra española, en San Lúcar, por no haber podido entrar en Cádiz. Lo primero que avistaron fueron las torres del santuario de la Virgen de Regla en Chipiona, a la que saludaron con cañonazos. Poco antes habían avistado a cuatro navíos y el *San Antonio* se preparó para el combate, sospechando que fuesen moros, pero resultaron ser ingleses, que entonces tenían paces con España. Sufrieron otro susto al entrar en el puerto de San Lúcar, pues la quilla del barco tocó en la barra y se creyeron perdidos. Por fortuna, no fue así.

Los aduaneros eran, por lo visto, como han sido siempre —o como los hemos visto siempre— y los molestaron a conciencia. Todos en el puerto creían que indiano equivalía a millonario y ponían todo su ingenio en despojarlo. Esperaron casi un mes para poder sacar sus petacas, "esperando de arrancarnos/ para sacarlas, el cuero./ Pero no les valió el arte,/ que contra sus pedimentos/ y terribles sacaliñas/ hay un humilde no tengo./ Y si aprietan las clavijas,/ hay un soberbio no quiero".

Mientras los guardias rapantes
 detenido me tuvieron,
 vi el buen puerto de San Lúcar,
 su población y conventos.
 Es grande, aunque está muy pobre;
 tiene terribles venteros
 que tiran a degollar
 a los míseros talegos.
 Son de las bolsas indianas
 muy tenaces barrenderos,
 esponjas de mexicanos,
 con más manos que Briareo
 para recibir la mosca,
 y como diestros barberos
 la vena del arca sangran
 y quitan a uno el pelo.

.....
 Conocí allí nuevos modos
 de encantar a los dineros,
 pues parece que lo sacan
 por arte de encantamiento,
 y así es menester conjuro
 para poder defenderlos.

Describe la visita de la nave y cuenta las astucias de los funcionarios. Siempre los hay —dice— que proclaman su devoción a san Francisco, dando como prueba que conocen a los padres tal y cual... Toda cautela es poca.

Al fin, salieron a San Lúcar. Algunos siguieron por el Guadalquivir a Sevilla, pero nuestro viajero-poeta tenía bastante con los noventa y cuatro días de mar y tomó el camino de tierra. Partiendo de San Lúcar el 5 de febrero, hizo noche en Jerez de la Frontera...

donde vi los caballeros
 que en unos rocines flacos
 contra un toro macilento
 estaban haciendo suertes
 con conveniencia y sin riesgo,
 porque el toro estaba atado
 con unos cabos bien gruesos
 y los caballeros iban
 del toro siempre tan lejos,
 que no pudiera tocarlos
 aunque el mísero becerro
 disparara artillería
 de veinte libras de peso.

Toreaban de fantasía
 por actos de entendimiento;
 a éstos sin duda llamó
 el muy agudo Quevedo
 los lectores del toreo,
 porque de palabra matan
 más toros que hombres han muerto
 de Hipócrates el nombrado
 los mal entendidos textos.

Vi la plaza de Jérez
 y sus balcones parejos,
 pero como iba de paso
 no pude mirar más de esto.
 Y así las demás grandezas
 que dicen que tiene dentro,
 porque estén entre algodones
 me las dejo en el tintero.

Siguió a Sevilla por Dos Hermanas, "que así se llama un
 lugar/ tan escabroso y austero/ que mejor que dos hermanas/
 pudo llamarse dos suegras".

Llegué a la insigne Sevilla,
 su Giralda descubriendo,
 y al ver sus fuertes murallas
 y edificios muy soberbios,
 tuve mucho regocijo.
 Vi su Betis lisonjero,
 caudaloso y apacible,
 gigante de vidrio cresco
 que sustenta en sus espaldas
 vasos grandes y pequeños,
 bajeles, barcas y botes,
 y aquel puente de maderos
 firme entre tanta inconstancia
 y entre tantas aguas quieto.

Desde allí me fui al instante
 a nuestro grande convento,
 y me dio gusto el mirarlo,
 porque es hermoso en extremo.

Pasé como quince días
 en Sevilla, y miré en ellos
 algunas cosas notables,
 dignas de muchos aprecios.

Vi la insigne catedral,
 admiré el hermoso alcázar,
 la feria, que es un portento
 de riquezas y de alhajas
 de costosísimos precios.

Partió de Sevilla en coche de alquiler, junto con dos compañeros. Pasaron por Carmona y Écija, Córdoba y Andújar, de las que no dice nada especial, probablemente por haber pasado de largo. Lo mismo le sucedió con Toledo, cosa que lamenta mucho y de paso nos dice la causa de tanta prisa:²⁴

Sentí en aquella jornada
 que, con llegar a Toledo,
 no vi sus grandezas muchas,
 porque el señor carrocerero
 nos arreaba como a machos,
 y en queriendo detenernos,
 nos multaba en muchos reales;
 con que sus multas temiendo,
 nos salimos sin mirar
 más que sus torres y techos,
 y al bello y gallardo Tajo,
 que iba entonces muy soberbio,
 porque eran las lluvias muchas
 y estaba de gorja el cielo,
 y para sudar tenía
 todos los poros abiertos,
 el signo Piscis aguado
 y andaba Acuario despierto,
 derramando sus tñajas”.

Las lluvias eran tantas que el coche se atascó como a dos leguas de Madrid y no fue posible sacarlo del atolladero. Se animaron a buscar refugio en un pueblo que se veía como a media legua. Resultó ser Alcorcón, “donde forman los pucheros/ que descenden a Madrid/ por la línea de Barrientos”. No había mesón, y la necesidad de los viajeros llegó a tal extremo “que eché menos un ventero/ y de verlo y encontrarlo/ tuve infinitos deseos”.

²⁴ Consiguíó visitar Toledo al regreso de Roma, según veremos

Sucedióme lo que a Baco,
 que los ladrones temiendo,
 se emboscó por no encontrarlos
 en un áspero desierto,
 y en fin, se perdió el pobrete,
 y no hallando pasajero
 a quien preguntar la senda
 daba gritos voz en cuello:
 vengan señores ladrones,
 que aquí llevo seis dineros,
 enseñaranme el camino
 y más que carguen con ellos.

Ocurrióseles que podría haber algún “hermano” de la orden y preguntaron por él. Recibiólos con gran cariño, y esto hace que nuestro poeta intercale un canto a san Francisco, cuyo nombre y hábito podían más que el dinero, el coche y los cocheros.²⁵ Fue posible, al fin, desatascar el coche por medio de bueyes, y reemprendieron el viaje hacia Madrid, a donde llegaron en tres horas.

Corte del monarca excelso,
 Carlos Segundo, y entramos
 mil grandezas advirtiéndolo,
 por la Puente Segoviana,
 de coches y caballeros,
 de galanes y de damas,
 de grandes y mucho pueblo,
 que estaban mirando el río
 Manzanares muy soberbio
 con las lluvias repetidas
 de que más iba creciendo.

Tomaron tierra en una posada y de allí se fueron al convento: supongo que a San Francisco el Grande, residencia del comisario general de Indias y donde existía el llamado “Cuarto de Indias”. Permaneció pocos días en Madrid, pues se acercaba la fecha del capítulo general; sin embargo, “vi en ellos —dice—

²⁵ “Hermano” o “hermana” llamaban a la persona amiga y bienhechora de los frailes, a quien por esto se le había dado “carta de hermandad”. En recompensa, les ayudaba en trances como el presente. No tenían ningún carácter religioso; ni siquiera se identificaban, de por sí, con los terciarios seculares, aunque en la práctica es posible que lo fuesen casi todos. Los franciscanos, que vivían en gran parte de limosna, utilizaron mucho esta práctica.

a nuestro rey,/ guardias y acompañamientos,/ y reinas, y fui notando/ en Madrid un mar inmenso/ que si quisiera pintarlo/ aunque hiciera un libro entero/ no acertara a describir/ ni sus sombras ni sus lejos". Por hallarse enfermo, salió en litera camino de Italia.

Pasé por aquel emporio
de agudezas y de ingenios,

.....
Alcalá, digo, la insigne,
a quien Henares risueño,
sierpe de cristal, circunda
con torrente lisonjero.

Veneró en Alcalá el cuerpo de san Diego y continuó hacia Aragón, cuyo clima le pareció el peor de los conocidos en España; y también las personas:

Aquí es la gente escabrosa,
son desabridos los ceños,
las voces desapacibles,
naturales indigestos.
Es poquísimo el agrado
que advertí en todo aquel reino:
algún planeta espinoso
le influye desabrimientos.

Sin embargo, Calatayud le pareció de "bello y poblado aspecto". En Fresno se encontró con un vejete que se preciaba de noble y hablaba doctoralmente de los más altos negocios de gobierno. Se refirió también al capítulo de los franciscanos.

Díjonos que se daría
el generalato nuestro
a un reverendo Copons
y a otro Guzmán reverendo²⁶
.....
y ya conclusos los cuentos
nos preguntó nuestros nombres.
.....
Dije que yo era Copons
y el otro Guzmán el Bueno.

²⁶ Fray José Copons, catalán, y fray Fernando de Guzmán, andaluz, eran dos franciscanos españoles que habían desempeñado cargos importantes en el gobierno central de la orden. Al parecer, "sonaban" entonces como candidatos al generalato, pero ninguno de ellos lo alcanzó, ni entonces ni más adelante.

El pobre hombre hizo grandes demostraciones de contento porque tales personas honraban su casa. Les pidió puestos para algunos franciscanos conocidos suyos, cosas que otorgaron con largueza...

Llegamos a Zaragoza,
cabecera de aquel reino;
es muy hermosa ciudad,
tiene edificios perfectos.
Vi allí a la sagrada imagen
del Pilar, cuyos portentos
son conocidos del orbe
y atendidos con respeto.
Lámparas setenta y cinco,
de exquisita hechura y precio,
a la vista de María
están de continuo ardiendo.
Arden seis muy grandes cirios
ante su sagrado aspecto,
que son siete estrellas fijas
de aquel breve firmamento.

.....
Vi también el templo augusto
al que llaman el Asseo [La seo]
es edificio famoso.
Y el puente que está oprimiendo
la gigante espalda al Ebro,
jayán hermoso de plata,
caudaloso, altivo y crespo.

De Zaragoza salí
buscando el condado excelso
de Cataluña y llegamos
a Lérida lo primero.
Es moderada ciudad,
gran parte está por los suelos,
arruinada, y preguntando
la causa me respondieron
que cuando estuvo el francés
dicha ciudad poseyendo,
la destruyó el rey de España
para echarle de allí dentro.
Allí vi el funesto campo
en que batalla se dieron
el ejército español
y el francés; y allí un buen viejo,
que fue en aquel tiempo soldado,
me contó que allí murieron
más de catorce mil hombres.

Verdad es que los de Francia
 plaza y más gente perdieron,
 y de allí se recobró
 el condado todo entero,
 que el de Francia había ocupado
 por infame tradimento.²⁷

Vi lugares derrotados
 que España fue destruyendo,
 porque nuestros enemigos
 no hiciesen fuertes en ellos,
 quedando deshabitados,
 y hay sólo algunos cimientos
 que da lástima mirarlos.
 Porque el país es ameno.

Pondera los hermosos campos que fue recorriendo hasta llegar a Barcelona.

Es ciudad muy populosa.

.....
 Allí estuve cinco días,
 lo más selecto advirtiéndolo,
 y fue estar un solo instante.

.....
 el muelle, que es obra heroica,
 fui a la atarazana luego,
 donde galeras fabrican
 y hay variedad de instrumentos
 para lanzarlas al agua,
 de fierros y de maderos.

Vi la rica platería:
 es maravilla, es portento,
 ver tantas joyas y plata
 con singulares esmeros,
 tanto oro y riqueza tanta,
 que parece que allí dentro
 las minas están, y que
 la puede dar a otros reinos.

²⁷ Esto fue consecuencia del tratado de los Pirineos (1659) que restableció la paz entre Francia y España después que el propio mariscal Condé, virrey francés en Cataluña, había fallado en su propósito de mantener allí el dominio de Francia.

Vi la hermosa vidriería,
 cosa de notable aseó,
 donde en tan frágil materia
 imitan los vidrieros
 aves, plantas y animales
 con repetidos remedos.
 Vi la hermosísima lonja,
 el numeroso comercio,
 las fábricas suntuosas
 de templos y de conventos.

Vi concursos numerosos,
 muchos barcos en el puerto,
 y estaba medio turbado
 el vulgo por el suceso
 de paidanos y soldados,
 que estaban todos opuestos,
 y no fue poca inquietud
 la que causaron sus pleitos.

No pudo visitar el santuario de Montserrat, aunque pasó al pie de su montaña. Siguiendo el camino de Francia, entró en Gerona;

plaza de osados guerreros,
 pues allí cuatro mil hombres,
 con mucho valor y esfuerzo,
 a diez y seis mil franceses
 la plaza les defendieron,
 matándoles la mitad
 y ganando por trofeo
 cuatro estandartes franceses,
 que colgaron en el templo de
 San Narciso, y los vi
 de las techumbres pendiendo.

.....
 Vese el sepulcro del santo,
 que está con bello ornamento,
 y lámparas muy costosas
 ante sus aras luciendo.

Traspuesta la frontera con Francia, se internó en el Rosellón, "condado que fue en un tiempo/ de nuestra querida España". Celebra su riqueza. Los guardias no le dejaron entrar en Perpiñán, por ser español: cosa que le indignó pues los franceses vivían y viajaban libremente por España. Calificó de grosero el trato que le dieron aquellos franceses o "gabachos". Per-

piñán le pareció una plaza en estado de guerra, vista desde fuera. Sintió mucho no ver los “dedos del Bautista”, que allí se conservaban.

En Narbona los guardias —aunque estaban borrachos y cantando con sus “voces de terneros”— fueron más corteses y le dejaron entrar; lo mismo le sucedió en otros pueblos de Francia por donde fue pasando. Con el fin de celebrar la semana santa en un convento, se encaminó a Montpellier, donde, haciéndose entender en latín, pidió hospedaje. Empezaron por darle celda estrecha, pero después fue peor. . .

Llevaronme al refectorio,
por mal nombre según pienso,
pues *nunquam reficiuntur*,
y es su trato muy ratero.
Allí viernes ni cuaresma
se permite comer huevos;
comen hierbas muy cocidas
y migas de pan moreno,
con dos muy leves sardinas
y un vinillo claro y tenuo.
Esto hay en el refectorio,
no se cómo están refectos.

Fui a la iglesia y vi que en ella
no había puesto monumento;
no vi con decencia altar,
y después fui conociendo
que esto pasa en toda Francia,
pues no hay templo de provecho;
las lamparillas de cobre,
de palo los candeleros.

Esta pobreza de la semana santa francesa —ni lavatorio hubo el día de jueves santo— le hizo recordar los ricos ornamentos que se encuentran en cualquier pueblo de las Indias —cualquiera de ellos podría prestárselos a Montpellier— y la gravedad con que se celebraban los actos de culto en España. Se lo manifestó así a un caballero francés y éste le replicó que, en cambio, las posadas francesas eran superiores a las españolas en comodidad y limpieza, cosa que admitió el mexicano, pero respondiendo que cada cual hacía las cosas a su modo: “el francés cuida mesones/ y adorna el español templos”.

Salió malhumorado de Montpellier y fue a pasar la pascua en Aviñón, ciudad pontificia sobre el Ródano, cuyos edificios

pondera mucho. El Ródano le pareció más grande que cualquiera de los ríos vistos hasta entonces. Vio el sepulcro de los papas. “que el francés llama Pantero” (?).

Siguieron por “Carpentro” (Carpentras) a los Alpes, en cuya subida se perdió el mozo de mulas tomando por unos cerros en los que sufrieron una aparatosa caída, por fortuna sin consecuencias graves. Alcanzaron la cima por un lugar llamado Montgenevre. que él castellanizó en Monginebra:

Monginebra la llamaron,
que éste es su nombre en efecto.
Allí debe de tener
su palacio el cano invierno,
allí el Aquilón su alcazar
y su morada los cierzos,
labrada toda de escarchas,
nieves y apretados hielos.

Quedó tremendamente impresionado por la blancura de la nieve y lo escabroso de la bajada hacia Saboya. Le parecía imposible que se pudiese pasar sobre la nieve, pero vio que allí sabían hacerlo muy bien con ayuda de unos instrumentos de madera que dice llamaban “ramasas” (*ramasses*). Eran manejados con gran destreza, incluso por mujeres fuertes y enérgicas:

Estos se llaman ramasas,
fabricados de maderos
con sus asientos de tablas,
firmes, constantes y recios.
Allí sientan al que pasa,
y muy bien armados ellos,
de botas, zamarro y guantes,
por aquel despeñadero
se arrojan con la ramasa,
y siempre entre nieve envueltos,
van por la nieve rodando
y al pasajero teniendo
del cabo de la ramasa,

Saboya les recibió bajo un verdadero diluvio, siendo abril. Como mexicano, no podía saber que en ciertas regiones de Europa corre el dicho “abril aguas mil”. Turín le encantó, especialmente sus galerías de pintura de las que hace una descripción bastante minuciosa, en la que demuestra conocimiento y apre-

cio de los asuntos mitológicos. Por Vercelli, llegó a Milán, que también describe y admira. Siguió por Plasencia (Piacenza), Bolonia (donde visitó los sepulcros de santa Catalina y santo Domingo) y Faenza, tomando el camino de Ancona con el fin de visitar el santuario de Loreto. Lo describe todo con muchas reminiscencias clásicas.

Dando la vuelta hacia Roma, pasó por Asís, donde pudo admirar los templos sobrepuestos de San Francisco, y entrever, desde el templo medio, la cripta que guardaba los restos del santo. Bajó a la Porciúncula en Santa María de los Ángeles, a la que cantó con fervor como a cabeza de la orden. Por Foligno, Spoleto, Terni y Civittá Castellana llegó a la vista de Roma el 1º de mayo de 1688, pero no pudo entrar en la ciudad porque el cardenal protector dispuso que los capitulares no lo hiciesen hasta el tiempo del capítulo general, que debía comenzar en la vigilia de Pentecostés. Tuvo nuestro viajero-poeta que resignarse a esperar en la hostería de Ponte Milvio, comiéndose los deseos de ver las maravillas de la Ciudad Eterna. Ocupó su tiempo en ordenar las notas de su viaje.

Cuando, al fin, pudo entrar, su curiosidad y asombro no tuvieron límite. Las maravillas que contemplaba no le parecieron inferiores a cuanto había leído en los autores clásicos y modernos. El visitante era sin duda hombre culto. Describe minuciosamente los museos del Vaticano, y a la biblioteca le dedica más de dos páginas. Muestra especial conocimiento de la mitología y le interesaron mucho las obras de arte que en ella se inspiraron. Le fascinaron las grandes fuentes:

Hay admirables fontanas
con salvajes que, escupiendo
cristales, hacen hermosos
aun sus mismos bultos feos.

En algunas, elefantes
están las aguas vertiendo,
en otras, bellos caballos,
y las hiñas de Nereo,
y Náyades coronadas
por conductos muy estrechos,
desmenuzando cristales,
vierten en mansos destellos.

Del capítulo general no dice mucho. Se celebró en Aracoeli, donde otrora promulgaba sus decretos el César —observa— y entonces se encontraba el convento central de los franciscanos.

Hubo gran concurso de vocales —la orden contaba entonces con unos ochenta mil frailes en todo el mundo— y “gran concordia de lenguas”. Supongo que lo dice porque todos se entendieron en latín, o quizá también por el acuerdo que reinó en sus decisiones. Pero no revela interioridades de lo sucedido de puertas adentro: obligación del secreto en algunas cosas y discreción, sin duda, pero se me antoja que también falta de interés por las muchas pequeñeces que siempre hacen perder el tiempo en asambleas y congresos.

Dos veces vio al papa Inocencio XI, un pontífice al que seguramente deseaba conocer de manera particular pues era quien había aprobado los colegios apostólicos de Propaganda Fide (1686) y les dio estatutos que fueron aceptados por la orden en aquel capítulo general de 1688. El padre Castro fue un gran simpatizante de estos colegios y murió como miembro del primero que hubo en América: el de la Santa Cruz de Querétaro.

Después del capítulo, hubo de permanecer todavía un mes y seis días en Roma, / “que tanto me detuvieron/ los italianos curiales/ con sus muy largos *adessos*”. Como era costumbre, llevaba negocios para tratar en las oficinas de la curia pontificia, y los curiales, burócratas al fin, le dieron largas con las sacrosantas palabras *adesso, adesso*, ahora, ahora. Todavía quiso visitar Frascati para ver la villa y jardines Borghese, de los que dice maravillas. Bien provisto de jubileos y reliquias, salió de Roma el 23 de junio,

de los ítalos huyendo,
amigos de los cuatrines
y no tan amigos nuestros.
Es gente toda embebida
en hechizar los dineros,
el arte de bien vivir,
lo saben de *verbo ad verbum*.

Sigue pintando donosamente a los italianos. Por Viterbo, Sena, Florencia —cuyas obras de arte admiró—, Pisa y su famosa torre, llegó al puerto de Liorna (Livorno) donde alquiló una falúa con siete remeros y en ella fue costeando por Viarreggio, hasta Génova, ante cuyo floreciente comercio recuerda las palabras de Quevedo: “que en Indias nace el dinero,/ muere en la potente España,/ y Génova le da entierro”. Reembarcado en su falúa, pasó a la vista de Saona y desembarcó en San Mauricio (Porto Mauricio), hospedándose

... en casa de un hostero,
que me dio more italiano
macarrones y fideos,
comida tal que jamás
no la pruebo ni la apruebo,
aunque ellos la alaban mucho
y del español puchero
hacen más ascos que suelen
los judíos de un torrezno.

Continuó por mar a Niza y después tomó tierra en Nagaya (?), donde, al parar en casa de un "mesonero sacerdote", dio nuevamente rienda suelta a sus sentimientos antifranceses. Por Sanaye prosiguió su navegación hasta Marsella y allí le conmovió el espectáculo de los galeotes en las galeras reales, que cantaban para engañar sus penas. Dejando allí la falúa, siguió el camino de tierra por Sanchemas (?), Arlés, Carcasona, Tolosa, Tarbes y Pau, cuyos campos encontró amenísimos, pero no ahorró las invectivas contra los venteros franceses. En Perigord hospedóse por equivocación en una posada de judíos y, al advertirlo, pasó gran susto, rehusando toda comida y atrancándose de noche por dentro en su cuarto, prejuicio que es digno de nota en hombre de su cultura.

En Bayona un penoso incidente no hizo más que echar leña al horno de su antipatía hacia los franceses. Los guardias lo detuvieron y llevaron ante el gobernador, quien —según nuestro viajero— lo recibió groseramente, pero le dio, al fin, un pasaporte para entrar en España. Lo malo fue que tanto el guía como los aduaneros franceses no fueron más atentos que el gobernador, y el mexicano abandonó Francia de muy mal humor. En España, por el contrario, todo le pareció bien: atentos los vecinos de Irún, bello San Sebastián, "que es famosísimo puerto, / muy fuerte y muy bien poblado, / muy apacible y ameno".

Pasó dos días en Durango, cuyos habitantes halló muy afectos al hábito de San Francisco —no en vano es la patria de fray Juan de Zumárraga— y desde allí, dice, "llegué al curioso Bilbao/ y su hermosura no expreso, / porque es sabida de todos".

En Vitoria, su próxima etapa, pudo conocer la música y danzas populares vascas pues estaban en unas fiestas de la Virgen: le encantaron. Por Miranda de Ebro y Briviesca pasó a Burgos, de cuyos monumentos hace grandes ponderaciones. En el camino hacia Valladolid, en plena llanura castellana,

observó con curiosidad a los labradores en las eras: la cosecha de trigo, dice, había sido copiosa aquel año. De Valladolid dice que es

donde los reyes tuvieron
su corte antigua, y quedóse
con los humillos de serlo.

Vi su bien pulida plaza,
de la de Madrid remedo,
que de lo que fue conserva
ciertos memoriones muertos.

Allí está el nombrado Ochavo
y su calle de Plateros,
espaciosa y bien sacada,
mas dicen que está sintiendo
que de gorra hayan entrado
en ella los sombrereros.

Vi al muy alegre Espolón
donde van a coger fresco,
con licencia de las ollas,
los señores cazoleros;
al buen Pisuerga gigante
y al buen Esgueva pigmeo,
que en el Espolón se juntan.

También visitó a la Virgen de San Lorenzo, y por Tordesillas y Olmedo continuó su viaje a Madrid. Afortunadamente, los salteadores que a veces aparecían en el paso del Guadarrama no se hicieron presentes esta vez y nuestro viajero-poeta pudo llegar a Madrid sin contratiempos. No había embarcación para las Indias y esto le permitió conocer mejor a la capital de la monarquía y visitar algunos lugares vecinos —el Escorial, Aranjuez, Toledo— cuyas maravillas no había podido admirar la vez primera, y en el caso de Toledo se lamenta de ello.

Pero si bien se hallaba en el “dulce centro/ de la poderosa España,/ que es Madrid, felice asiento/ de nuestro augusto monarca,/ segundo Carlos egregio”, poco dice en detalle de la misma, ni tampoco de Toledo, El Escorial y Aranjuez:

Con la larga detención
más despacio fui advirtiendo
de la corte el mare magnum.
El grande palacio regio,
el Escorial, obra digna,
de tan generoso dueño.

En Arajuez el Retiro,
y aquel sitio tan ameno
que hay en la Casa de Campo.

.....
Vi despacio el gran ornato
de la iglesia de Toledo,
y de otras grandezas muchas
adquirí conocimiento.

Y aquí termina su poética empresa.

Y habiendo de España visto
lo más suntuoso y selecto,
lo más bello y primoroso,
y lo más digno de aprecio,
quise hacer punto redondo
en este apunte pequeño,
que para romance basta.

Sus versos se habían ido engarzando a todo lo largo de la jornada: "Unos se hicieron en Indias,/ otros en el mar se hicieron,/ algunos en nuestra España,/ otros en el francés reino...". En lo que pudiera ser un indicio de que imprimió allí mismo el libro, añade:

Dirán que cómo me animo
a imprimirlos, si confieso
su poquísima cultura,
y al reparo respondiéndolo
digo que ha sido esta audacia
nacida de un mal ejemplo,
porque he advertido en España
muy malos versos impresos
y gritados por las calles
de muchas ciegas y ciegos,
y entre ellos podrán ser reyes
éstos, si son sólo tuertos.

La pulla no tiene naõa de intención anti-españolista, por supuesto. El poeta-viajero era un criollo con honda nostalgia de su "querida Zacatecas", pero hondamente patriota de la "grande España", y hasta quizá un poco patriotero. No hay en su obra la menor huella de resentimiento contra los gachupines. Creo que ni siquiera emplea una sola vez la palabra, o alusión velada del mismo o parecido signo.

II

FRAY JOSÉ DE LEDESMA Y SU *Itinerario historial*

EN LA SECCIÓN de manuscritos de la Biblioteca del Congreso en Washington me sorprendió, hace años, encontrarme con el relato del viaje de un mexicano que, a fines del siglo xvii, fue de su patria a Roma visitando de paso algunas naciones de Europa. Dicho relato tiene por título: *Itinerario historial—Viaje que hizo de la América Septentrional a la Europa el M. R. padre fray Joseph de Ledesma, hijo de la santa provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España, lector de sagrada teología y prominiestro para el próximo capítulo general de su religión, que se ha de celebrar en la santa ciudad de Roma el año de MDCC^{va}*. Es un volumen de 177 folios —muchos de ellos dañados por el agua— en formato octavo. Perteneció a las bibliotecas de Andrade y Fischer, en cuyos catálogos figura, respectivamente, con los números 2197 y 1900. A la vuelta de la portada aparece el nombre de José de la Rosa que corresponde probablemente a un impresor que trabajaba en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo xix. Supongo que fue quien poseyó el manuscrito antes que Andrade y Fischer. Al realizar las primeras búsquedas sobre el manuscrito y su autor supe que existía otro ejemplar en poder del difunto licenciado Ignacio Herrera Tejeda, de Querétaro, pero no he podido consultarlo. Por fortuna, pude examinar ligeramente el manuscrito de la Biblioteca del Congreso y he ido reuniendo algunos datos sobre su autor. Los expondré a continuación.

A. Noticias biográficas del padre Ledesma

Algunas nos suministra él mismo en la portada de su obra: como era uso en las de aquel tiempo, contiene el esqueleto de la biografía del autor: franciscano de la provincia de Michoacán, profesor que había sido de teología y ahora —como una especie de remate de su carrera— designado para representar a su provincia en el capítulo general de la orden, comisión que suponía un honroso viaje a Europa. Otros datos autobiográficos se encuentran en el *Itinerario historial*, aparte de las incidencias del propio viaje que veremos más adelante. Esta fuente nos informa, por de pronto, que el padre Ledesma era

natural de Chamacuero (hoy Comonfort), donde vivían aún sus padres y parientes cuando partió para Europa. Su nombramiento como promimistro para el capítulo general tuvo lugar en el capítulo provincial de 1696, en que terminó su mandado el padre fray Pablo Sarmiento. Dicho capítulo provincial fue presidido por el comisario general de la Nueva España, fray Manuel de Monzaval (1695-1699).

Pero he conseguido reunir otras noticias. En el capítulo provincial intermedio de 1692 (Querétaro, 6 de diciembre) el padre Ledesma había sido nombrado catedrático de filosofía para el colegio de Celaya, que era el centro de estudios más importante de la provincia. Procedía de un centro de menor categoría —el de Valladolid, hoy Morelia—, donde el año anterior figuraba entre los tres catedráticos de teología que enseñaban en aquel estudio. En aquel convento había sido nombrado predicador por el capítulo intermedio de 1690 (Querétaro, 14 de enero): para dicho ministerio estaba examinado y aprobado desde 1685. En Celaya no tardó en ser promovido a una cátedra de teología. La desempeñaba ya en 1694, y fue confirmado en la misma por el capítulo intermedio celebrado en agosto de 1695. Seguía en dicho cargo el 2 de septiembre de 1696, cuando fue designado promimistro. Y por el momento siguió figurando entre los tres lectores de teología de aquel estudio, si bien no firmó las actas correspondientes, indicio quizá de que se hallaba ausente.

En el capítulo intermedio o congregación provincial de 1698 (Querétaro, 1º de febrero) no figura entre los lectores de teología de Celaya; como veremos en seguida, había emprendido ya el camino de Europa. Pero su nombre reaparece en las actas del definitivo provincial a 30 de mayo de 1701: en esa fecha fueron aceptados por la provincia varios títulos que le habían sido concedidos en el curso de su viaje a España y Roma. El primer lugar, el de predicador general otorgado por el ministro general saliente fray Mateo de San Stefano, y en segundo lugar el de "padre de provincia" y regente de estudios de Celaya, que había obtenido del comisario general de Indias, fray Alonso de Biedma. Los dos primeros, por lo menos, eran meramente honorarios —pequeñas condescendencias con la vanidad— pero solían llevar consigo alguna ventaja material. Por otra parte, los religiosos designados para una misión delicada como la de representar a su provincia en el capítulo general de la orden, eran, de ordinario, personas de distinguido mérito.

En noviembre de 1705 fue confirmado en el cargo de guardián del convento de su pequeña patria —Chamacuero— que era también parroquia importante administrada por los franciscanos. El hecho de haber sido “confirmado” supone un nombramiento anterior, quizá fuera de capítulo, probablemente en 1703 o 1704.²⁸

A esto se reduce cuanto he logrado saber acerca de este segundo viajero mexicano que en las postrimerías del siglo y en los meros inicios del XVIII hizo el prestigioso y entonces fatigoso giro de Europa. Es probable que ulteriores investigaciones tanto en el archivo de la provincia de Michoacán como en el parroquial de Chamacuero (Comonfort) fructifiquen en algunos datos nuevos, como también pudiera aparecer algún manuscrito de sus lecciones, pero lo dicho basta para darnos una idea del personaje. El examen del *Itinerario historial* nos permitirá ampliarla un poco.

B. El Itinerario historial o viaje a la Europa

Dejo ya indicadas las características externas del manuscrito que he podido examinar. En cuanto a la calidad de su contenido podría decirse, en general, que se trata de un relato sencillez, sin pretensiones literarias de ninguna clase. Pero esto quizá no disminuye su valor como testimonio. Parece el reflejo sincero de lo que vio y pensó de una importante parte de Europa que tuvo el raro privilegio de recorrer. Lamentablemente, el estado del manuscrito hace difícil, o casi imposible, la consulta de varias de sus partes, y por otra parte yo no he podido estudiarlo con la detención que hubiera deseado. Intentaré, sin embargo, hacer un resumen de lo que contiene.

Su autor salió de Celaya el 17 de diciembre de 1697. Por Apaseo y Querétaro llegó a la “imperial ciudad de México”, donde hizo los trámites necesarios para su embarque con la ayuda del procurador general de los franciscanos, fray Buena-ventura de Armaolea. El 2 de enero le fue concedida por el virrey conde de Moctezuma licencia para embarcarse, y el 16 del mismo mes salió de la capital rumbo a Veracruz. Tomando la calzada de la Piedad, fue a comer a Chalco en la venta de un vizcaíno, “que le dio de comer en vascuence y a mis cabalga-

²⁸ Todos estos datos están tomados del *Libro becerro* de la provincia de Michoacán, vol. 1, fols. 319, 342, 346; vol. II, fols. 4v, 16, 26v, 47v-48, 58; vol. III, fol. 75, en ACel.

duras en jerigonza; sólo en ajustar la cuenta a su modo... no estuvo tan tartamudo". Siguió por Riofrío a Puebla, ciudad que describe y elogia mucho. El 23 de enero estaba en Amozoc y fue a dormir en la venta del Pinal. Siguiendo por Nopaluca, hizo noche en la venta de Martínez, al lado de un cerro llamado Bernal, tan alto, dice, que es el primero que se descubre desde el mar viniendo de España. La próxima noche durmió en Perote, y desde allí siguió a Jalapa, y el Lencero, primera venta de tierra caliente. Por La Rinconada, arribó a Veracruz.

"Estas ventas —escribe— son cosa de risa. La posada es de unos sacos con techos de paja, la cama de unos barejones, la comida sobre nada limpia, muy poca y muy cara; y acabóse la venta."

Hace una descripción interesante de Veracruz, hirviendo en actividad y movimiento durante los días previos a la partida de la flota. Pasó allí la semana santa, si bien dice que advirtió su llegada por el calendario, no por la solemnidad de las funciones litúrgicas. Sin embargo, la procesión del santo sepulcro le pareció maravillosa. La flota que se disponía a zarpar estaba compuesta por nueve navios, convoyados por tres de la armada de Barlovento, mandada ésta por don Andrés del Pez. Varios navios de la flota habían sufrido mucho durante la larga "invernada" de veinte meses en un puerto donde la bruma hacía estragos. Según nuestro viajero, "sólo un navío de Cuba y un navío campechano [ambos de la administración de un capitán vizcaíno llamado Aguirre] están de provecho. Ajusté mi pasaje en el navío campechano, que aunque es nuevo y sin experiencia, por ser éste el primer viaje, me llevó los ojos lo fornido y fuerte de su fábrica". En total, tomaron pasaje en aquella flota hasta veinte franciscanos, varios de ellos delegados, como el padre Ledesma, al capítulo general que dos años después, en 1700, iba a celebrarse en Roma.

La despedida de la flota tuvo lugar el 15 de mayo. Hubo una misa a la Virgen del Rosario en Santo Domingo, con asistencia de los promiembros y custodios de las provincias franciscanas que partían para el capítulo general; por la tarde, la imagen de la Virgen fue llevada en procesión hasta el muelle. La salida debía ser el sábado 17, pero hubo de aplazarse porque el gobernador no podía firmar los pliegos de contaduría a causa de hallarse excomulgado por haber extraído a un reo que había buscado asilo en el hospital... Al fin, se dio la orden de salida para el 24 de mayo de 1698.

“Cúpome por rancho —escribe el padre Ledesma— un camarote a la banda de babor, inmediato a la capilla, muy de mi gusto, y, por estar fuera de la Veracruz, en mi estimación mejor que un palacio. Tenía bastante capacidad para meter una cama, una caja grande, un barril de vizcocho blanco, una petaquilla de chocolate y algunas medicinas.”

El calor en Veracruz había sido insoportable, e igualmente los mosquitos y el ruido... La flota empezó a dejar el puerto el día 25, pero no estuvo toda en mar abierto hasta el 28. Aquellas naves estaban a merced del viento. En 22 de junio se hallaban frente a La Habana. Hicieron allí la espera acostumbrada. Ledesma hace una descripción de la ciudad desde el folio 16. La travesía atlántica fue larga, pues no llegaron a Cádiz hasta el 22 de septiembre. Entre sus observaciones de navegante, que no son muchas, nos ofrece un interesante vocabulario náutico (fols. 156 ss). En Cádiz se encontraron con una expedición de misioneros para Caracas, que estaba siendo despachada.²⁹ Por el Puerto de Santa María, Chipiona y San Lúcar de Barrameda, y desde allí navegando por el Guadalquivir llegó nuestro viajero a Sevilla, de cuyos monumentos hace una descripción llena de entusiasmo. Siguió por Córdoba, Andújar, Sierra Morena y Alcalá de Henares, a cuya universidad, colegios y vida estudiantil dedica los fols. 33-36. Estaba allí el 3 de noviembre de 1698.

Continuó a Madrid, “epílogo del mundo, común patria de todos”. En este tono, enumera las cosas que le llamaron la atención (fols. 36-37). Siguiendo su camino a Barcelona, visitó Guadalajara y Zaragoza, al parecer muy de prisa. En cambio, estuvo una larga temporada en Barcelona, de la que da muchas noticias. Debía ser predicador notable, porque le invitaron a predicar en muchas partes. El 12 de septiembre de 1699 salió para Génova y desde aquella ciudad continuó hasta Roma por Milán —donde estuvo muchos días— Boloña, Loreto y otros lugares de Italia. Estuvo asimismo en Nápoles.

En Roma vio al papa —Inocencio XII— el 14 de mayo de 1700. El 17 de junio, terminado el capítulo general de los franciscanos y despachados otros asuntos que se le habían encomendado, emprendió el viaje de regreso, siguiendo fundamentalmente el camino de ida: Livorno, Génova, Saona, Marsella,

²⁹ La lista de los misioneros que formaban esta expedición puede verse en mi obra sobre la provincia de Santa Cruz de Caracas. (GÓMEZ CANEDO, 1974, 1, p. 66).

Barcelona, Madrid. Desde la capital de España continuó a Sevilla y de allí a Cádiz, lugar de su embarque. El 21 de marzo de 1701 estaba de vuelta en Veracruz. Su viaje a Europa había durado casi tres años.

SON MUCHAS las reflexiones que cabría hacer tanto a propósito de los autores como de sus relatos: lo uno inseparable de lo otro. Tomarían por rumbos muy varios, según el criterio de cada eventual lector. De las mías, insinué algunas en el curso de este trabajo, y no quiero añadir nada sobre la materia. Prefiero ofrecer los dos relatos como simples testimonios históricos: testimonios de cómo se viajaba entonces, de una mentalidad determinada, de lo que interesaba a dos mexicanos de visita en Europa, y de cómo éstos juzgaban a las gentes y costumbres de aquellos países. El resto lo dejo para otros, o quizá para otra ocasión.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- ACel Archivo de la provincia franciscana en Celaya.
 ACQ Archivo del Colegio de Querétaro.
 AGI Archivo General de Indias, Sevilla.
 BNM/CL Biblioteca Nacional, México, *Colección Lafragua*.

ARLEGUI, José de

- 1851 *Crónica de la provincia de N. S. P. San Francisco de Zacatecas*. México.

BERISTAIN DE SOUZA, José Mariano

- 1883 *Biblioteca hispano-americana septentrional*, 2a. ed. Amecameca, 3 vols.

CIVEZZA, Marcellino da

- 1979 *Saggio di bibliografia geografica, storica, etnografica sanfrancescana*. Prato.

ESPINOSA, Isidro Félix de

- 1964 *Crónica de los colegios de Propaganda Fide de la*

Nueva España, Lino Gómez Canedo, ed. Washington, Academy of American Franciscan History.

GÓMEZ CANEDO, Lino

- 1974 *La provincia franciscana de Santa Cruz de Caracas: Cuerpo de documentos para su historia (1513-1837)*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 3 vols.

MEDINA, José Toribio

- 1898-1907 *Biblioteca - hispano-americana (1493-1819)*. Santiago de Chile, 7 vols.
- 1907-1912 *La imprenta en México — 1539-1821*, Santiago de Chile, 8 vols.

PALAU Y DULCET, Antonio

- 1948 *Manual del librero hispanoamericano: Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestra nuestros días*, 2a. ed. Barcelona.

SAN ANTONIO, Juan de

- 1732-1733 *Bibliotheca universalis Franciscana*. Madrid, 2 vols.